

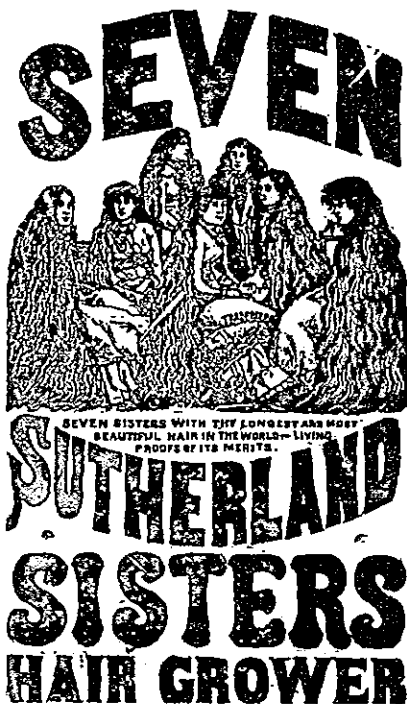
EL HERALDO DEL ISTMO

Revista
Ilustrada





EL GRAN ESPECIFICO



Para aumentar y embellecer el Cabello
**LAS SIETE HERMANAS
SUTHERLAND**

Una familia entera con una preciosa

Cabellera

debido á este **REMEDIO**

DE VENTA EN LA *Farmacia Central*

AMERICAN TRADE DEVELOPING CO.

Comerciantes. Comisionistas. Importadores y Exportadores

Banqueros de AMERICAN EXPRESS COMPANY.
PITT & SCOTT EXPRESS COMPANY

AGENTES DE The Board of Hamburg Underwriters, Union Assurance Society, London; Mannheimer Insurance Company, Curtis's & Hervey Limited (Gunpowder); Westfalischer Lloyds, The Bradstreet Company, Deutscher Lloyds, Berlin; Compañías de Seguros Marítimos *El Día*, Upper Rhine Insurance Company; Deutsch Dampfschiffahrts Gesellschaft *Kosmos*

Vendemos á los precios más reducidos de la plaza

Kerosene. Jabón. Velas, Manteca, Azúcar, Alambre de Púas Provisiones. Leche Condensada. La afamada CHAMPAGNE de Charles Heidsieck. y Cognac Bisquit Dubouch.

Cual es la hora fija?



Para obtenerla usen ustedes un reloj de precisión como de - - - -

Omega,

Longines, Roskopf, Berna, Tavannes y Waltham Watch Co.

Unico Agente:

José Misteli.

El almacén más surtido en joyería y artículos de fantasía.

TODOS GARANTIZADOS

Emanuel Lyons

Importador,
Exportador y
Comisionista.

... Carrera de Bolívar ...

Artículos enlazados, blancos y decorados.

Artículos electro plateados de las mejores marcas

Cuchillería superior, Lámparas de colgar y de pie
Útiles para el servicio de la casa, Molduras y vidrios para Cuadros

El surtido más completo de FERRETERIA.

Cemento, Hierro acanalado, Pinturas, Material de construcción.--Las mejores HERRAMIENTAS para ARTESANOS.

¡¡PRECIOS SIN COMPETENCIA!!

EL HERALDO DEL ISTMO

—REVISTA ILUSTRADA—

Director: GUILLERMO ANDREVE.

“Bien faire et laisser dire.”

Nuestra Madre la Estética



“¡O mis fieles! ¡En nombre del divino culto, no dejéis ni un momento mi santuario! Si el sacerdote deja el templo, se apaga la luz sacra. Dejad que otros vayan al mercado. ¡Que vuestros labios me estén rezando siempre!

“Sed vestales, esto es, sed puros! Para ello, no adulterar mis ritos, no mezclar otro aceite al de mi lámpara. Sed impúdicos, sed falsos. No importa: seréis puros en el Arte; porque el Arte lo purifica todo. Apartad los ojos de nuestro santo fin, y habréis caído en impureza.

“Para hacer obra buena, obra mía, hacedla sólo para mí.

“El sacerdote, cuando oficia, no debe ver al pueblo; sino á Dios. Ha de hacer que tiemble la frase del enigma sobre la oblata divina, aunque el público murmure, por que no comprende. Y aun es bien

que así sea. La palabra mística debe llevar en sus bordes las orlas del misterio.

“Si os hace temblar el harapo, si tenéis miedo al hambre, si os asusta dormir bajo la estrella, no me sigáis, no dejéis que os unjan con el óleo de mis órdenes. Para servirme, es preciso que mediteis á la boca del tonel de Diógenes.

“¡Si á todo os avenís. seguidme!

“Yo soy la dicha! Yo soy quien ha encontrado el goce de la pena. quien ha exprimido el traje negro de la noche para hacer que broten las gotas argentinas de los astros, gotas del zumo sideral de la tiniebla.

“Todo lo regenero en el goce. Cuando vierto mi divino elixir en el vaso del llanto, quien lo apura encuentra y siente la delicia del llanto.

“Mi único fin es el placer. Quien piense de otro modo, no me conviene. El que juzgue mis obras con una luz distinta yerra.

“¡Oh hijos míos! Si queréis reconocerme siempre, interrogáos: ¿por qué me agrada esto? Y si no sabés por qué, decid que es obra mía.

“¡No digáis que soy la Realidad! ¡No digáis que soy lo ideal! Realidad sin ideal no sería arte. Idealidad sin la forma de lo real, no me comprenderíais.

“La Realidad es vuestra carne, la corteza en que envolvióse la Divinidad, el ideal, para que naciera Cristo. Si á Jesús le quitáis lo invisible, lo divino, dejá de ser Cristo, para ser sólo un hombre. Si le quitáis el cuerpo, lo perderéis de vista. Jesucristo es la materia iluminada con la luz del Eterno.

“Si os afiliáis al Realismo, llegaréis á sabios no á artistas; hijos de mi hermana la Ciencia, no míos. Ser realistas es negar á Cristo y adorar al Hombre.

“Si os llamáis idealistas y renegáis de la Verdad tangible, como los otros renegaron del Ideal, seréis unos impostores. El Ideal no se ve, Dios no se percibe, sino tras la envoltura del hombre.

“El hombre es un arpa sensitiva. Diversas notas hay en cada una de sus cinco cuerdas. Si alguien las tóca, goza el arpa misma con sus melodías, y gozais vosotros con la conciencia de sus vibraciones. Y bien, aun sin que vibren, el Arte os hace creer que las cuerdas de vuestra arpa han vibrado, ó más bien, las hace vibrar mentalmente con el sopló del genio. El Arte es la gran superchería. Es la sugestión de la conciencia, que llega á ser hasta deleíte del sentido. Quien hace vibrar la cuerda sin tocarla es artista.

“A la entrada de mi huerto está la sensación. Allí paca la bestia. Vosotros dejáis atrás la Sensación, para internaros en el Sentimiento.

“Los sentidos son como las ventanas de vuestro palacio. Por una entra la luz, pero á las otras también llega el reflejo. Si no comprendéis esto, volvéos. Confundíos con el sensato Público.

“El sonido deja tras sí una vibración que forma como una rítmica penumbra; el color tiene suaves desmayos de esfumino, pierde su intensidad precisa y se apaga en una anemia cromática; la línea fina á veces en misteriosas vaguedades....

El día empieza y acaba en los crepúsculos, donde el Angel medita y sueña. La vibración moribunda, el tono suave, la línea imprecisa, son deliciosos crepúsculos en que sueñan y meditan los ángeles del Arte. Entonces se oye en el palacio ruido de alas, y no distinguís bien por cual ventana se internaron. Vosotros, los que seguís mi huellas, podéis sacar partido de esa encantadora confusión sensoria. Si no podéis hacerlo, volvéos!

“¡Hijos míos, ved de no confundirme con nadie! A muchos de vosotros se os ha presentado la Novedad—dama que os ha llamado á engaño,—y habéis creído reconocer mis perfecciones en las suyas. Pero al cabo, cuando la edad ha marchitado sus encantos, habéis podido verla como ella es. No reincidáis. Sabed que lo bello no conoce tiempo, y es, como tal, inmarcesible.

“Servidme bien, para que os acepte por hijos: Aprovechaos de todo en honor mío, hasta de lo bajo, con tal que de ello pueda saltar la chispa de los pedernales. Todo puede servirnos para poner el pie y remontaros en busca de la luz celeste.

“El arte es la potencia vital de la expresión. Si presentáis la figura de un agonizante, si hacéis la pintura de un cadáver, si evocáis la fantasmagoría de un cerebro febril, haced que tengan vida los desmayos, poned fuerza vital en la expresión de la muerte, pasad por nuestros ojos la visión intensa de una orgía de ensueño, y lograd que sintamos la realidad actual de los delirios... Pero no olvidéis que el arte siempre lleva sobre el deslumbramiento de sus ígneas pupilas la pestaña que tiende una penumbra en donde flota el misterio. Lograd que hagan ver vuestras creaciones lo que no se ve en ellas. Buscad las escapadas hacia la región azul. Haced que pase la potencia expresiva viendo el cielo á través de la blonda del ensueño.

“Y haréis obra de arte.”

SANTIAGO ARGUELLO.

El culto del yo



YO creo posible un renacimiento, no en la Ciencia ni en el Arte, sino en la Vida. El primer renacimiento se originó cuando los pueblos latinos hallaron bajo los escombros de una civilización muerta al parecer, el mundo helénico tan hermoso, aún palpitante; el nuevo renacimiento puede producirse, porque debajo del montón de viejas tradiciones estúpidas, de dogmas necios, se ha vuelto á descubrir el soberano Yo.

No creo que haya nada tan hermosamente expresado como esta teoría de Darwin, á la que denominó él, con una brutalidad shakesperiana, *struggle for life*; lucha por la vida.

Todos los animales se hallan en un estado de permanente lucha respecto á los demás; el puesto que cada uno de ellos ocupa se lo disputan otros cien; tiene que defenderse ó morir. Se defiende y mata; está en su derecho.

El animal emplea todos sus recursos en el combate; el hombre, no; está envuelto en una trama espesa de leyes, de costumbres, de prejuicios... Hay que romper esa trama.

No hay que respetar nada, no hay que aceptar tradiciones que tanto pesan y entristecen.

Hay que olvidar para siempre los nombres de los teólogos, de los poetas, de todos los filósofos, de todos los apóstoles, de todos los mixtificadores que nos han entristecido la vida sometiéndola á una moral absurda.

Tenemos que inmoralizarnos. El tiempo de la escuela ha pasado ya; ahora hay que vivir.

Estamos en un período de transición de la vida sencilla á la vida complicada del progreso. De aquí nuestro malestar. Nuestros abuelos trabajaron por costumbre, apaciblemente; nuestros padres trabajaron más que ellos, pero tuvieron la suerte de encontrarse con muchos

puestos vacíos en la sociedad; nosotros nos encontramos con todos los sitios ocupados y con la competencia que nos hacemos unos á otros. Nos dicen que somos degenerados. Es mentira; si hubiera cien Américas por descubrir, las cien las descubriríamos los hombres modernos, aunque tuviéramos menos recursos que Cristóbal Colón.

El hombre moderno vale más, por todos conceptos, que el hombre antiguo; pero para llegar á su estado de perfección, necesita volver á la ley natural; santificar el egoísmo, utilizar todos sus recursos para poder vencer en la lucha por la vida.

Esa malla estrecha de leyes y preceptos sociales, en vez de satisfacer los mandatos de la naturaleza, los dificulta.

No debemos nunca sacrificar nuestra personalidad á nada ni á nadie; y si la necesidad nos obliga al sacrificio, hagámoslo con reservas mentales, esperando el día del desquite.

No debemos tampoco resistir á los atractivos de la vida; esto sería llevar el desorden á la dinámica de nuestro ser. Por otra parte, tampoco debemos de edificar sobre la base de ilusiones, como la fidelidad y la constancia en el amor, por ejemplo; porque destruyendo de este modo el libre ejercicio de las pasiones, tratando de hacer duradero lo que no puede ni debe ser más que transitorio, nos oponemos también á nuestra manera de ser íntima.

Nunca se debe desconfiar de sí mismo; todo lo que se quiera enérgicamente, merece ser conseguido.

Hay hombres que no les basta con el triunfo personal en la lucha por la vida, y necesitan influir sobre las voluntades ajenas; necesitan convertir su ley particular en ley general. Estos hombres que tratan de cambiar el ambiente de los otros, porque sino la vida suya sería imposible, son los reformadores en política, en religión, en arte.

Para que la acción de estos hombres sea útil, deben de prescindir de toda ley.

Ellos van á realizar su vida; su moral no puede ser la de un cualquiera.

Si para la realización de su fin tienen que sacrificar á los demás, la moral es que los sacrifiquen; no deben retroceder ante lo contingente cuando su ideal es trascendental.

Lo mismo que á ellos, le ocurre al que va en busca de la felicidad. Al que llevado por una gran pasión de amor salta por encima de la ley, no hay que vituperarle, sino aplaudirle. El hombre ó la mujer que cometió un error, al unirse con su cónyuge, y al reconocer este error, lo destruye, salvando su individualidad, hace bien. Sólo los mezquinos y los miserables pueden condenar y acusar al que, llevado por una gran pasión, rompe todas las leyes de la sociedad para imponer por su fuerza el derecho de su pasión.

El amor, que es el principio y el fin de la vida, tiene todos los derechos; el hombre del renacimiento no debe de reconocer obstáculos á la felicidad de dos seres humanos.

Sí, yo creo posible un renacimiento en la vida. Creo que sin el peso de las tradiciones podría ser nuestra existencia más enérgica; creo que podríamos gastar más decentemente las fuerzas de la vida. Ese debe ser nuestro deseo: agotar todos los instintos, derrochar todas las energías.

Pero hay un mundo que lo impide; es un mundo de impotentes, de pálidos espectros, que monopolizan las mujeres y no las fecundan; que monopolizan el dinero y no lo emplean; que lo monopolizan todo y lo guardan todo.

Es lástima: los que tenemos un mundo de deseos, de instintos no satisfechos, debíamos de reunirnos para enterrar vivos á todos esos impotentes, que nos impiden realizar nuestras ansias de poder, de amor, de orgullo...

Después de enterrarlos, tendríamos tiempo de devorarnos los unos á los otros.

PIO BAROJA

IMPRESIONES

EL RÍO DE LA VILLA.—CHITRÉ Y SUS CAMPOS.—LA NATURALEZA.

Dedicado al DOCTOR BELISARIO PORRAS

EN mi último viaje á la interesante cuanto simpática ciudad de Chitré, propúseme visitar de nuevo sus alrededores, atraído por los recuerdos que siempre he tributado á la belleza de sus campos.

La plenitud del verano se había establecido y los rayos de un sol de Marzo anunciaban el absoluto dominio de la estación seca.

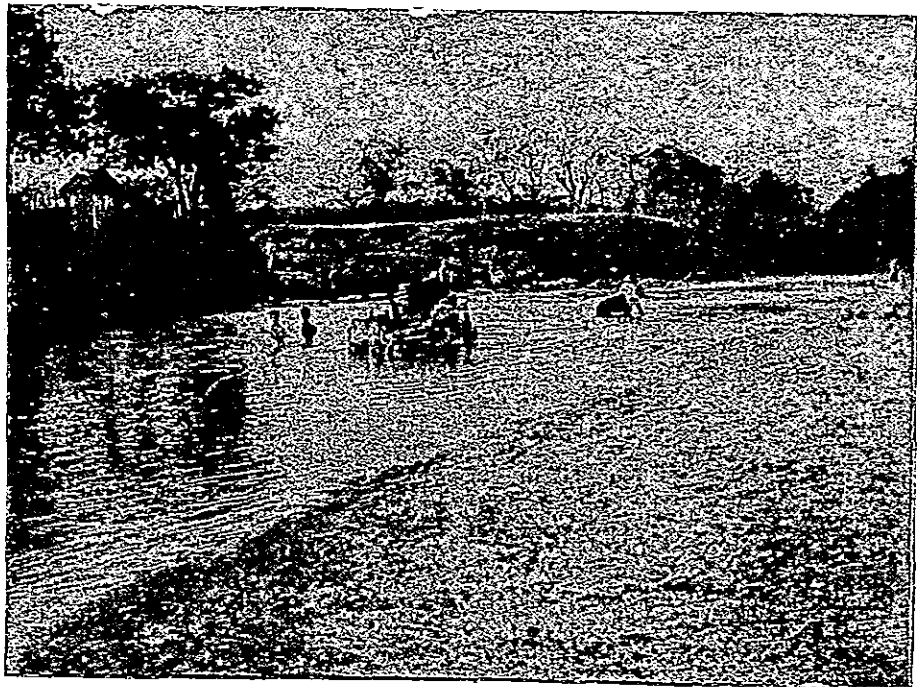
Era pues, la época menos propicia para las excursiones y confieso, á pesar de todo, que fué la mía una de las mas agradables. Sirviómeme de constante compañero mi bondadoso hermano Tomás, á quien le soy deudor de las gratas y variadas impresio-

nes por mí recibidas y que jamás se borrarán de mi memoria. Vestidos ligeramente y debidamente abastecidos con nuestros "fiambres," salimos de Chitré en dos buenas cabalgaduras, antes de rayar el alba, por el camino que conduce al Río de la Villa.

Era nuestro designio llegar á aquel lugar con las primeras claridades del día para poder gozar allí del hermosísimo espectáculo que ofrece siempre á nuestra vista la salida del sol en una radiosa mañana de Marzo. A uno y otro lado de la senda que habíamos tomado para ir á "La Isla," preciosa joya de la Naturaleza y núcleo de huertos bien cultivados, en donde una turba de cocoteros parece convidar, desta-

cándose á lo lejos, á gozar allí de recreaciones inefables, veíamos á los labriegos entregados

yá á sus faenas, ó seguíamos con la vista el movimiento acompasado de las mujeres que se



EL PASO REAL (Camino entre Chitré y Los Santos.) Instantánea de G. Leblanc.

dirigían al río, puesto el cántaro sobre la cabeza y los brazos en jarras y entonando coplas de exquisito sentimiento. Recordamos entre otras, la siguiente:

“Tus ojitos con los míos
se miran con atención,
cual si quisieran decirse
lo que siente el corazón”

Escuchábamos cantares cuya melancolía puede decirse que es uno de los distintivos de nuestros aires populares, como estos:

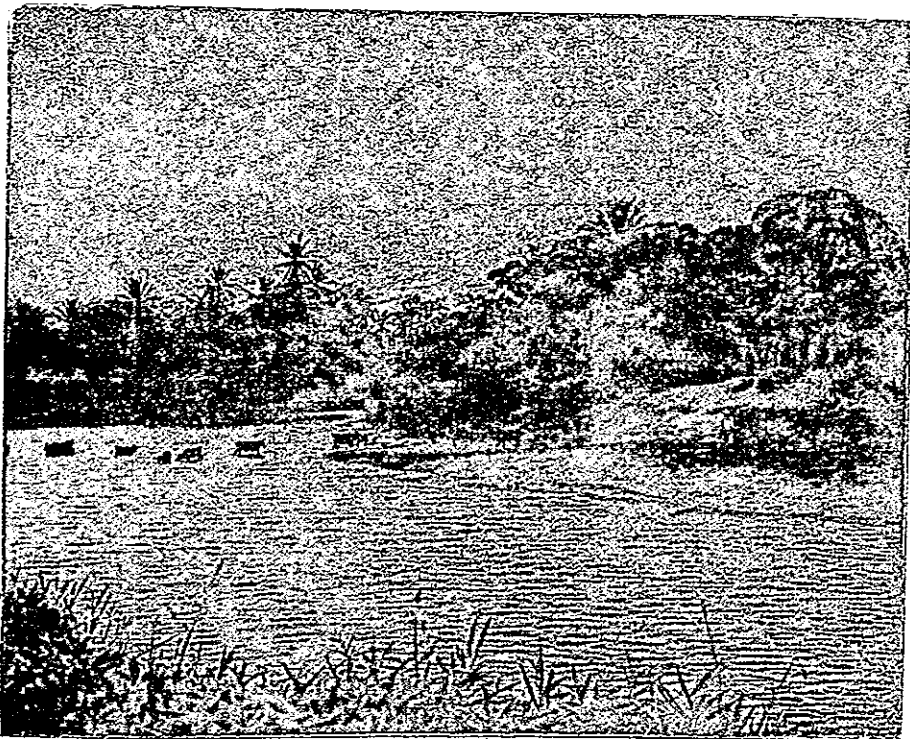
Ojitos de los ojitos
Porqué me mirais así
Tan alegres para otros
Y tan tristes para mí?

Otros, tan expresivos que dán una idea ligerísima, pero exacta del modo de expresarse esas burdas gentes:

Que lindos son tus ojitos;
No los he visto mas bellos;
Parecen dos luceritos
Que alumbran la primavera.

Después de haber recorrido un pequeño trayecto llegamos al “Higuerón” al huerto del amigo don Blas Tello, quien con la franqueza que le es característica nos abrumaba con sus obsequios continuados de caldo de caña, queso, marañones, cañas, bananos, espuma de miel y todo lo que esas buenas gentes siempre están listas á ofrecer al visitante de sus fincas.

Nos encaminamos al río, que es ancho y caudaloso en aquel lugar y que es de los mas pintorescos y tiene por ornato á ambas márgenes las colinas de “Juan Díaz” y “Juan Gómez.”



LA VILLA.—Vista panorámica del río “La Villa.”—Instantánea de G. Leblanc

Desde una de sus orillas pudimos gozar del espectáculo que ofrecían á nuestra vista sus extensas playas que comenzaban á recibir el dorado destello del astro del día. Era la hora en que los celajes del amanecer desaparecían en explosión callada eclipsados por el sol.

A la salida del sol han acabado ya los cultivadores el cotidiano riego que acostumbran propinar desde la cuatro de la mañana á sus sandillares, cebollares y tomates.

Es efectuada ésta operación de manera asaz lenta y primitiva: llevan el cántaro al hombro y bajan al río por difíciles pendientes. Una vez llena la vasija regresan á sus sementeras por la misma vía que tomaron al bajar. Entonces es de verse los supremos esfuerzos que hacen al subir la cuesta con el cántaro al hombro; el peso de este los fatiga; lo dificultoso de la vía los hace vacilar, de cuando en cuando para asegurar sus pisadas; y los contornos de sus músculos se muestran claramente haciendo resaltar su vigor y robustez.

Cuando regresan provistos yá del agua, la manera de efectuar el riego es la siguiente: sostienen sobre uno de los brazos el cántaro colocando la mano del que les queda libre junto á la boca de aquel. En ésta posición dejan salir paulatinamente el agua y sacudiendo la mano repetidamente de modo que sea muy poca la cantidad del líquido que se escape en cada sacudida, evitando con este procedimiento la destrucción de los tiernos almácigos, la cual sería inevitable si el agua cayese en más abundancia ó con mayor violencia.

Como puede observarse, es harto penoso éste sistema de cultivo por las innúmeras dificultades que entraña.

En la operación del riego hemos visto individuos ir tantas veces al río que podemos asegurar que excedieron de cuarenta.

¿Como mejoraría el desarrollo de las plantaciones en referencia con el uso de ruedas hidráulicas y demas herramientas é instrumentos modernos aprovechando los últimos adelantos de irrigación, cuya práctica es desgraciadamente desconocida entre nosotros!

Cuán beneficioso fuera establecer en el país la enseñanza de la horticultura, tan necesaria para el adelanto industrial de las naciones!

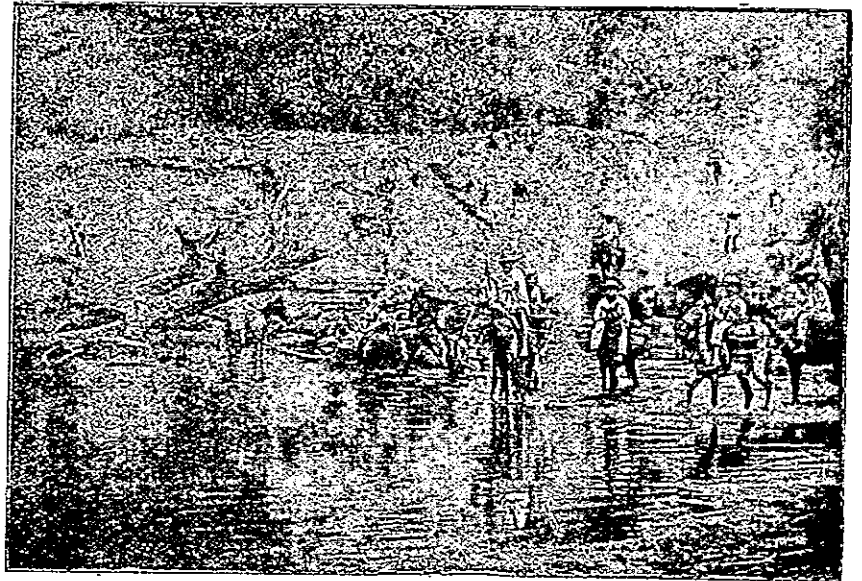
**

Un corto baño en las transparentes aguas del río, templó nuestras fuerzas y nos dió ánimos para continuar la excursión.

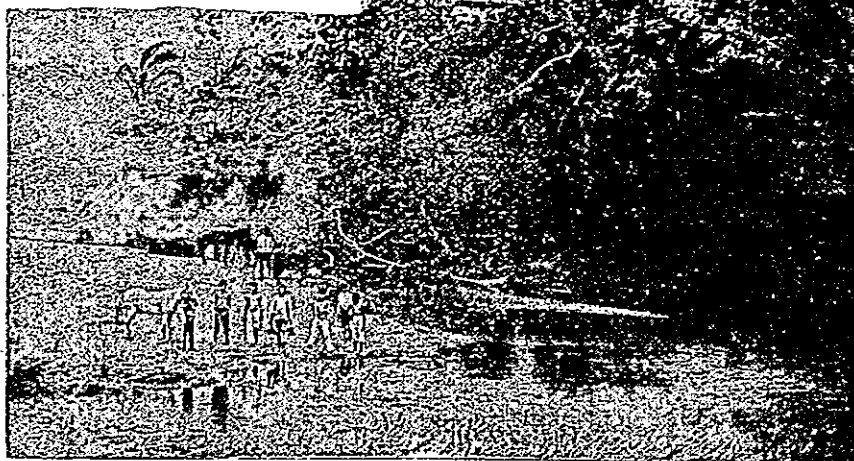
En la orilla y sujeto entre la arena estaba el esquife que debía conducirnos. A él saltamos y pocos momentos después el empuje vigoroso de un remo hacía deslizar velozmente la frágil barquilla sobre las silenciosas aguas.....

II

Uno de los más grandiosos y espontáneos actos de nuestro espíritu, es, sin duda, el de la contemplación de la Naturaleza.—Nada hay, en efecto, comparable al solemne recogimiento que invade nuestro sér, cuando lejos del bullicio y del ruido ensordecedor de las ciudades, nos hallamos en presencia de alguna de las obras importantes de la Creación.—Diríase que en el éxtasis de nuestra contemplación y en la introversión castísima de nuestra alma, hay algo sobre natural que nos transforma, que nos convida á la meditación y que lanza nuestro pensamiento á las regiones de otros mundos más perfectos y más puros en persecución de un ideal sin nombre y de una suprema aspiración, inexplicable y siempre indefinida. De este estado de exaltación á que llegan nuestras potencias, de ducimos con lógico fundamento que la Naturaleza nos convida á soñar; mas si es esta una verdad incontrovertible, también lo es el hecho de que entre las variadas manifestaciones de la naturaleza y las múltiples facultades de ese otro yo que siente y ama en nosotros, existe una afinidad simpática, una atracción irresistible y una fuerza misteriosa que á ella nos une con lazo indisoluble.—La sucesión inmutable de las estaciones, nos ofrece en la vida real un ejemplo de esta influencia ineludible.—A los pesados días invernales que extienden sobre la Naturaleza, y sobre los seres animados el manto de la tristeza, sucede la estación de la risueña primavera con su lujoso flores y perfumes, que esparce sobre todo lo creado el encanto y la alegría y despierta de su sueño de invierno á “la viviente esmeralda del bosque”. Llegará luego el estío con sus calores, sofocantes: los ardientes rayos del sol canicular fatigarán nuestros miembros abatidos; en las fuentes y los ríos dismi-



CHITRE.—Paso de “Las Peñitas.”—Aguadores.—Instantáneas de G. Leblanc



CHITRE.—El famoso baño de “Las Peñitas.”—Instantáneas de Leblanc

dirigían al río, puesto el cántaro sobre la cabeza y los brazos en jarras y entonando coplas de exquisito sentimiento. Recordamos entre otras, la siguiente:

"Tus ojitos con los míos
se miran con atención,
cual si quisieran decirse
lo que siente el corazón"

Escuchábamos cantares cuya melancolía puede decirse que es uno de los distintivos de nuestros aires populares, como estos:

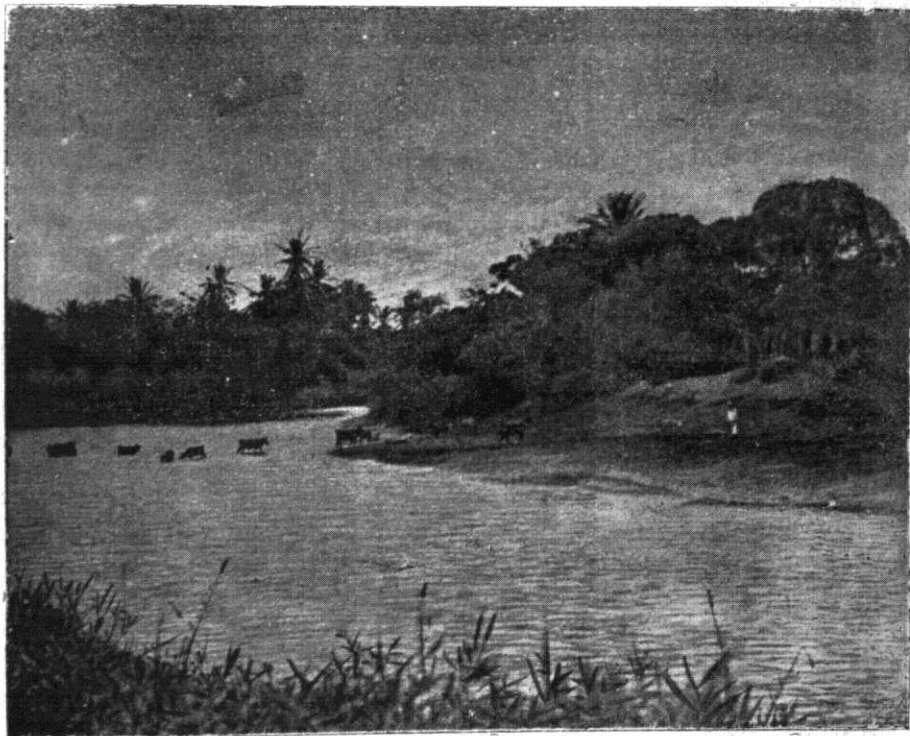
Ojitos de los ojitos
Porqué me mirais así
Tan alegres para otros
Y tan tristes para mí?

Otros, tan expresivos que dan una idea ligerísima, pero exacta del modo de expresarse esas burdas gentes:

Que lindos son tus ojitos;
No los he visto mas bellos;
Parecen dos luceritos
Que alumbran la primavera.

Después de haber recorrido un pequeño trayecto llegamos al "Higuerón" al huerto del amigo don Blas Tello, quien con la franqueza que le es característica nos abrumaba con sus obsequios continuados de caldo de caña, queso, marañones, cañas, bananos, espuma de miel y todo lo que esas buenas gentes siempre están listas á ofrecer al visitante de sus fincas.

Nos encaminamos al río, que es ancho y caudaloso en aquel lugar y que es de los mas pintorescos y tiene por ornato á ambas márgenes las colinas de "Juan Díaz" y "Juan Gómez."



LA VILLA.—Vista panorámica del río "La Villa."—Instantánea de G. Leblanc

Desde una de sus orillas pudimos gozar del espectáculo que ofrecían á nuestra vista sus extensas playas que comenzaban á recibir el dorado destello del astro del día. Era la hora en que los celajes del amanecer desaparecían en explosión callada eclipsados por el sol.

A la salida del sol han acabado ya los cultivadores el cotidiano riego que acostumbran propinar desde la cuatro de la mañana á sus sandillares, cebollares y tomates.

Es efectuada ésta operación de manera asaz lenta y primitiva: llevan el cántaro al hombro y bajan al río por difíciles pendientes. Una vez llena la vasija regresan á sus sementeras por la misma vía que tomaron al bajar. Entonces es de verse los supremos esfuerzos que hacen al subir la cuesta con el cántaro al hombro; el peso de este los fatiga; lo dificultoso de la vía los hace vacilar, de cuando en cuando para asegurar sus pisadas; y los contornos de sus músculos se muestran claramente haciendo resaltar su vigor y robustez.

Cuando regresan provistos yá del agua, la manera de efectuar el riego es la siguiente: sostienen sobre uno de los brazos el cántaro colocando la mano del que les queda libre junto á la boca de aquel. En ésta posición dejan salir paulatinamente el agua y sacudiendo la mano repetidamente de modo que sea muy poca la cantidad del líquido que se escape en cada sacudida, evitando con este procedimiento la destrucción de los tiernos almácigos, la cual sería inevitable si el agua cayese en más abundancia ó con mayor violencia.

Como puede observarse, es harto penoso éste sistema de cultivo por las innúmeras dificultades que entraña. En la operación del riego hemos visto individuos ir tantas veces al río que podemos asegurar que excedieron de cuarenta.

¡Como mejoraría el desarrollo de las plantaciones en referencia con el uso de ruedas hidráulicas y demas herramientas é instrumentos modernos aprovechando los últimos adelantos de irrigación, cuya práctica es desgraciadamente desconocida entre nosotros!

Cuán beneficioso fuera establecer en el país la enseñanza de la horticultura, tan necesaria para el adelanto industrial de las naciones!

**

Un corto baño en las transparentes aguas del río, templó nuestras fuerzas y nos dió ánimos para continuar la excursión.

En la orilla y sujeto entre la arena estaba el esquife que debía conducirnos. A él saltamos y pocos momentos después el empuje vigoroso de un remo hacía deslizar velozmente la frágil barquilla sobre las silenciosas aguas.

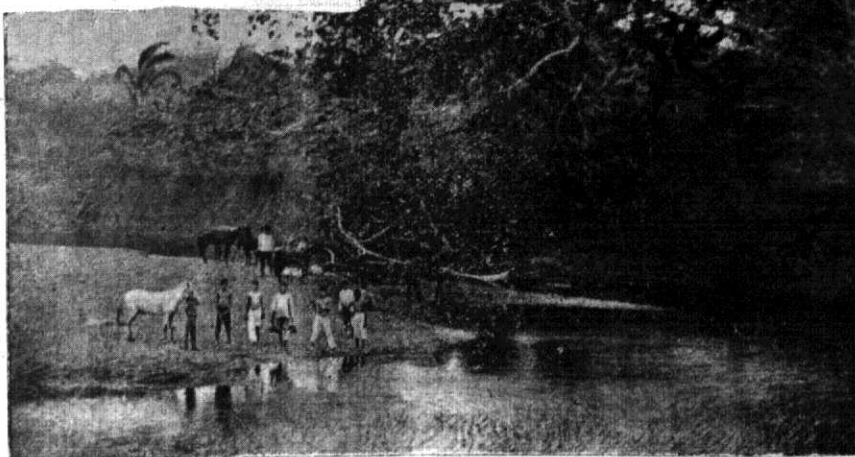
II

Uno de los más grandiosos y espontáneos actos de nuestro espíritu, es, sin duda, el de la contemplación de la Naturaleza.— Nada hay, en efecto, comparable al solemne recogimiento que invade nuestro sér, cuando lejos del bullicio y del ruido ensordecedor de las ciudades, nos hallamos en presencia de alguna de las obras importantes de la Creación.—Diríase que en el éxtasis de nuestra contemplación y en la introversión castísima de nuestra alma, hay algo sobre natural que nos transforma, que nos convida á la meditación y que lanza nuestro pensamiento á las regiones de otros mundos más perfectos y más puros en persecución de un ideal sin nombre y de una suprema aspiración, inexplicable y siempre indefinida. De este estado de exaltación á que llegan nuestras potencias, de ducimos con lógico fundamento que la Naturaleza nos convida á soñar; mas si es esta una verdad incontrovertible, también lo es el hecho de que entre las variadas manifestaciones de la naturaleza y las múltiples facultades de ese otro yo que siente y ama en nosotros, existe una afinidad simpática, una atracción irresistible y una fuerza misteriosa que á ella nos une con lazo indisoluble.—La sucesión inmutable de las estaciones, nos ofrece en la

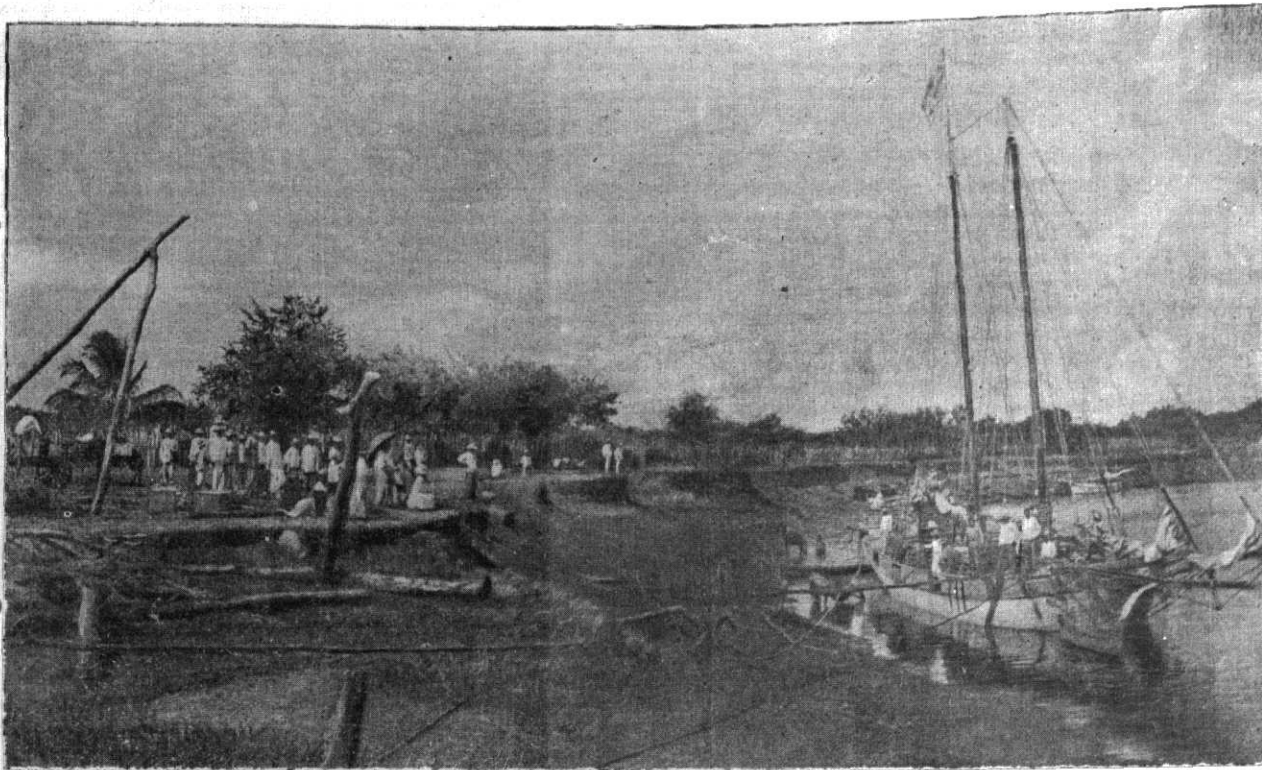
vida real un ejemplo de esta influencia ineludible.—A los pesados días invernales que extienden sobre la Naturaleza, y sobre los seres animados el manto de la tristeza, sucede la estación de la risueña primavera con su lujoso flores y perfumes, que esparces sobre todo lo creado el encanto y la alegría y despierta de su sueño de invierno á "la viviente esmeralda del bosque". Llegará luego el estío con sus calores sofocantes: los ardientes rayos del sol canicular fatigarán nuestros miembros abatidos; en las fuentes y los ríos dismi-



CHITRE.—Paso de "Las Peñitas."—Aguadores.—Instantáneas de G. Leblanc



CHITRE.—El famoso baño de "Las Peñitas."—Instantáneas de Leblanc



CHITRE.—Vista general del Puerto.—Instantánea de G. Leblanc

nuirá el volumen de las aguas y la Naturaleza se despejará de su manto de verdura; pero al estío sucederá el otoño coronado de pampanos y á su influjo se reanimarán los seres y las cosas.— Los árboles adquirirán su verdor perdido; los ríos se hincharán y fertilizará los campos y Pomona y Vertrum ne derramarán sobre la tierra fecundizada por las aguas, los sabrosos frutos del cuerno mágico de la abundancia.—En lo que hace relación con las impresiones de nuestro espíritu, la afluencia de que hablamos es aún mas intensa y por decirlo así, mas sugestiva.—Desde el principio de nuestra existencia la Naturaleza ha sido para nosotros nuestra compañera inseparable, nuestro mentor y nuestro gran maestro.—Fué ella la que con solícito cuidado preparó nuestro sér inconsciente á la contemplación de sus eternas maravillas, fué ella, la que en la heredad paterna nos enseñó á admirar la majestad de sus paisajes y el lujo y esplendor de su fecunda vegetación y fué ella, en fin, la que imprimió, por decirlo así, en el blando molde de nuestro espíritu infantil, los contornos de su belleza.—De aquí que las impresiones que hemos recibido cuando niños en presencia de las obras de la Creación, perduren y se reproduzcan en nuestra mente aún al través del tiempo y las distancias.—Y son esas impresiones las que mas endulzan nuestra existencia cuando despues de las fatigas de la jornada nos entregamos al plácido reposo y hacemos retrogradar nuestro pensamiento á los hermosos tiempos de nuestra adolescencia para cicatrizar con el bálsamo de los recuerdos las heridas de

nuestra alma.—Acuden entonces á nuestra memoria las imágenes de los sitios encantadores que allá en el terruño paterno, guardan todavía las huellas de nuestros inciertos pasos y la transparencia de nuestros primeros años; y vemos surgir de aquel cuadro rebosante de tonos y de armonías, las empinadas montañas, las risueñas colinas, el verde prado, el ondulante río con su corriente límpida y serena y la dilatada llanura con sus encantados oasis, en la cual



Suburbios de Caítré.—Calle típica de las poblaciones del interior de la República.—Instantánea de G. Leblanc.

admirado los rasgos imponentes de tu grandeza y he sentido en lo íntimo la magia de tus encantos! Yo he escuchado bajo mi planta el hondo rebramar del torrente que ensalza tu poder; mis oídos se han bañado en las ondas sonoras de tus inimitables armonías; mis ojos te han buscado en la bóveda estrellada del firmamento; y en el susurro de la brisa, en el mugir de los mares y en los acentos de la tempestad, pareceme oír tu voz que me dice: "Yo soy el gran Todé del

Universo y tú haces parte integrante de míser.— Al contemplarme y admirarme, te contemplas y te admiras á tí mismo. De mi seno has salido; tu vida la sostiene la fuerza de mi aliento y á mi seno volverás cuando se paralicentus potencias, no para dormir el sueño eterno de la inercia sino para que despiertes á otra vida y tomen parte tus átomos en la transformación de los seres y en el movimiento universal que todo lo reanima. Mi templo es el espacio, entra en él, póstrate de hinojos y adórame"....

JIL F. SÁNCHEZ.

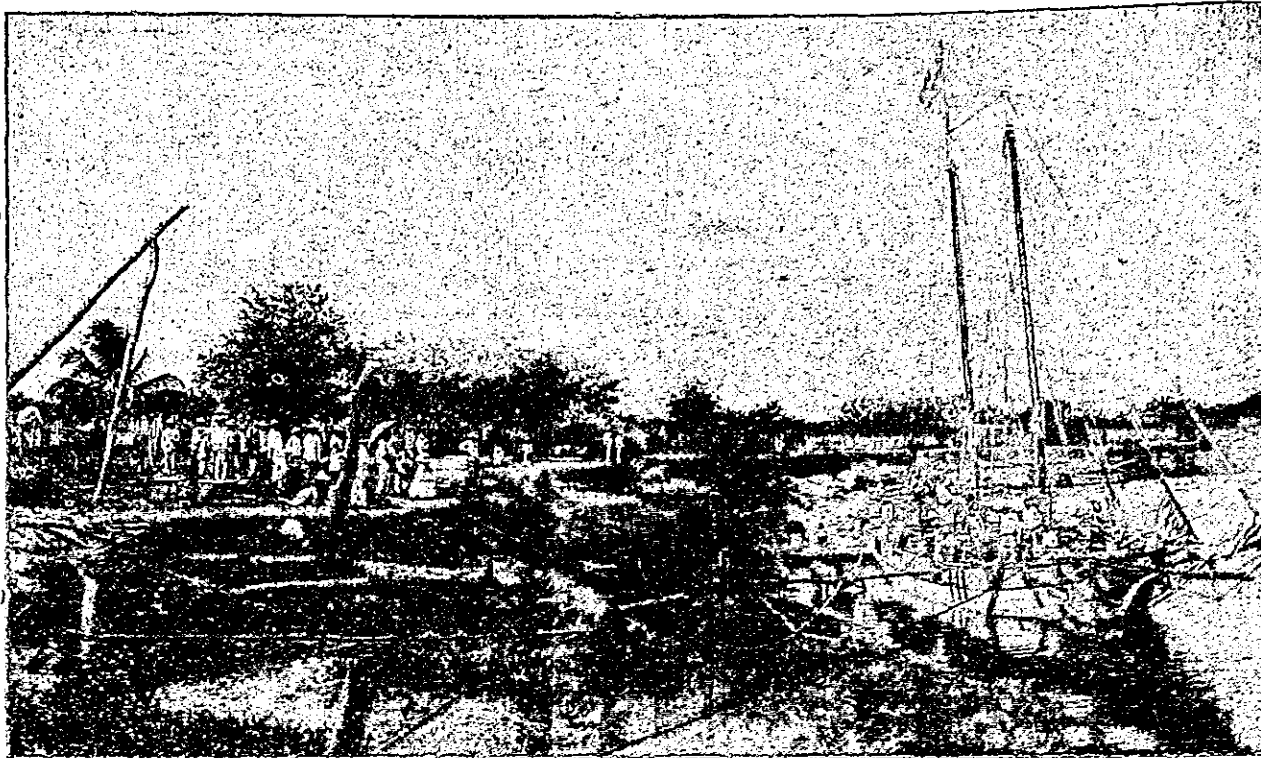
El caso del señor Valdemar

COMO es consiguiente, no pretendo que haya motivo de admirarse de que el extraordinario caso del señor Valdemar excitara discusión. Habría podido ser un milagro sino hubiera estado bajo circunstancias especiales. Apesar del deseo que tenían todas las partes interesadas en ocultar el hecho al público, al menos por el momento, ó hasta que tuvieramos ulteriores oportunidades de investigación—apesar de nuestros esfuerzos para conseguir esto—una relación incompleta y exagerada circuló y se convirtió en fuente de muchas inexactitudes desagradables, y de pronto en una grande incredulidad.

Se ha hecho necesario, pues, que yo relate los hechos—hasta donde los comprenda yo mismo. Hélos aquí, sucintamente:

Durante los últimos tres años, mi atención había sido atraída repetidas veces por el mesmerismo; y hace cerca de nueve meses, me ocurrió, de pronto, que en la serie de los experimentos hechos hasta entonces había una omisión muy notable y muy difícil de explicar: nadie había sido magnetizado aún IN ARTÍCULO MORTIS. Faltaba ver, primero, si en tal condición existía en el paciente alguna susceptibilidad á la influencia magnética; segundo: si esa condición disminuía ó aumentaba la susceptibilidad; tercero: la extensión del período por el que las vejaciones de la muerte podían ser detenidas por este proceso. Había otros puntos que demostrar, pero esos excitaban más mi curiosidad—el último especialmente—por el carácter importantísimo de sus consecuencias.

Buscando alguien por cuyo medio pudiera experimentar esas particularidades, fui llevado á pensar en mi amigo el señor Ernesto Valdemar, el bien conocido compilador de la BIBLIOTECA FORÉNSICA y autor (bajo el seudónimo de Isaachar Marx) de las versiones polacas de WALLENSTEIN y GARGANTÚA. El señor Valdemar, que había residido principalmente en Harlem, New-York, desde el año 1863 es (ó era) muy digno de atención por la extrema flaqueza de su persona—pareciéndose mucho sus miembros inferiores á los de John Randolph; y también por lo blanco de sus patillas, en violento contraste con lo negro de su cabello, circunstancia que hacía creer á todo el mundo que usaba peluca. Su temperamento era excesivamente nervioso y le convertía en buen su-



CHITRE.—Vista general del Puerto.—Instantánea de G. Leblanc

nuirá el volumen de las aguas y la Naturaleza se despejará de su manto de verdura; pero al estío sucederá el otoño coronado de pampanos y á su influjo se reanimarán los seres y las cosas.— Los árboles adquirirán su verdor perdido; los ríos se hincharán y fertilizará los campos y Pomona y Vertrum se derramarán sobre la tierra fecundizada por las aguas, los sabrosos frutos del cuerno mágico de la abundancia.—En lo que hace relación con las impresiones de nuestro espíritu, la afluencia de que hablamos es aún mas intensa y por decirlo así, mas sugestiva.—Desde el principio de nuestra existencia la Naturaleza ha sido para nosotros nuestra compañera inseparable, nuestro mentor y nuestro gran maestro.—Fué ella la que con solícito cuidado preparó nuestro sér inconsciente á la contemplación de sus eternas maravillas, fué ella, la que en la heredad paterna nos enseñó á admirar lá majestad de sus paisajes y el lujo y esplendor de su fecunda vegetación y fué ella, en fin, la que imprimió, por decirlo así, en el blando molde de nuestro espíritu infantil, los contornos de su belleza.—De aquí que las impresiones que hemos recibido cuando niños en presencia de las obras de la Creación, perduren y se reproduzcan en nuestra mente aún al traves del tiempo y las distancias.—Y son esas impresiones las que mas endulzan nuestra existencia cuando despues de las fatigas de la jornada nos entregamos al plácido reposo y hacemos retrogradar nuestro pensamiento á los hermosos tiempos de nuestra adolescencia para cicatrizar con el bálsamo de los recuerdos las heridas de

nuestra alma.—Acuden entonces á nuestra memoria las imágenes de los sitios encantadores que allá en el terruño paterno, guardan todavía las huellas de nuestros inciertos pasos y la transparencia de nuestros primeros años; y vemos surgir de aquel cuadro rebosante de tonos y de armonías, las empinadas montañas, las risueñas colinas, el verde prado, el ondulante río con su corriente límpida y serena y la dilatada llanura con sus encantados oasis, en la cual

admirado los rasgos imponentes de tu grandeza y he sentido en lo íntimo la magia de tus encantos! Yo he escuchado bajo mi planta el hondo rebramar del torrente que ensalza tu poder; mis oídos se han bañado en las ondas sonoras de tus inimitables armonías; mis ojos se han buscado en la bóveda estrellada del firmamento; y en el susurro de la brisa, en el mugir de los mares y en los acentos de la tempestad, pareceme oír tu voz que me dice: "Yo soy el gran Todo del

Universo y tú haces parte integrante de misér.— Al contemplarme y admirarme, te contemplas y te admiras á tí mismo. De mi seno has salido; tu vida la sostiene la fuerza de mi aliento y á mi seno volverás cuando se paralicen tus potencias, no para dormir el sueño eterno de la inercia sino para que despiertes á otra vida y tomen parte tus átomos en la transformación de los seres y en el movimiento universal que todo lo reanima. Mi templo es el espacio, entra en él, póstrate de hinojos y adórame"....

JIL F. SÁNCHEZ.



Suburbios de Chitré.—Calle típica de las poblaciones del interior de la República.—Instantánea de G. Leblanc.

El caso del señor Valdemar

COMO es consiguiente, no pretendo que haya motivo de admirarse de que el extraordinario caso del señor Valdemar excitara discusión. Habría podido ser un milagro sino hubiera estado bajo circunstancias especiales. Apesar del deseo que tenían todas las partes interesadas en ocultar el hecho al público, al menos por el momento, ó hasta que tuvieramos ulteriores oportunidades de investigación—apesar de nuestros esfuerzos para conseguir esto—una relación incompleta y exagerada circuló y se convirtió en fuente de muchas inexactitudes desagradables, y de pronto en una grande incredulidad.

Se ha hecho necesario, pues, que yo relate los hechos—hasta donde los comprenda yo mismo. Hélos aquí, sucintamente:

Durante los últimos tres años, mi atención había sido atraída repetidas veces por el mesmerismo; y hace cerca de nueve meses, me ocurrió, de pronto, que en la serie de los experimentos hechos hasta entonces había una omisión muy notable y muy difícil de explicar: nadie había sido magnetizado aún IN ARTÍCULO MORTIS. Faltaba ver, primero, si en tal condición existía en el paciente alguna susceptibilidad á la influencia magnética; segundo: si esa condición disminuía ó aumentaba la susceptibilidad; tercero: la extensión del período por el que las vejaciones de la muerte podían ser detenidas por este proceso. Había otros puntos que demostrar, pero esos excitaban más mi curiosidad—el último especialmente por el carácter importantísimo de sus consecuencias.

Buscando alguien por cuyo medio pudiera experimentar esas particularidades, fui llevado á pensar en mi amigo el señor Ernesto Valdemar, el bien conocido compilador de la BIBLIOTECA FORÉNSICA y autor (bajo el seudónimo de Isaachar Marx) de las versiones polacas de WALLENSTEIN y GARGANTÚA. El señor Valdemar, que había residido principalmente en Harlem, New-York, desde el año 1863 (ó era) muy digno de atención por la extrema flaqueza de su persona—pareciéndose mucho sus miembros inferiores á los de John Randolph; y también por lo blanco de sus patillas, en violento contraste con lo negro de su cabello, circunstancia que hacía creer á todo el mundo que usaba peluca. Su temperamento era excesivamente nervioso y le convertía en buen su-

-jeto para los experimentos mesméricos. En dos ó tres ocasiones le había hecho yo dormir con poca dificultad, pero fui contrariado por otros resultados que su constitución peculiar me había permitido anticipar. Su voluntad no se hallaba nunca por completo bajo la mía, y respecto á la CLARIVIDENCIA, no pude nunca obtener de él pruebas dignas de fe. Siempre atribuí mi poco éxito en ese punto, al desordenado estado de su salud. Pocos meses antes de conocerle yo, los médicos le habían declarado físico. Era su costumbre, es cierto, hablar de su próxima disolución, como de una cosa que no se debía esquivar ni sentir.

Cuando me ocurrieron estas ideas era natural que hubiera pensado en el señor Valdemar. Conocía la filosofía sólida del hombre, la suficiente para no recelar escrúpulos de él; y no tenía ningún deudo en América que se opusiera á mi pretensión. Le hablé con franqueza de mi proyecto; y, con gran sorpresa, vi que su interés parecía vivamente excitado. Digo con gran sorpresa, porque, aunque había sometido siempre su persona á mis experimentos, sin ninguna vacilación, no me había dado nunca un testimonio de simpatía por esa clase de investigaciones. Su enfermedad era de ese carácter que puede admitir un exacto cálculo respecto á la época de su terminación por la muerte; y fué, por último, arreglado entre nosotros, que me enviaría á buscar veinticuatro horas antes del período anunciado por los médicos, como el de su fallecimiento.

Hace más de siete meses que recibí de él la siguiente esquela:

“Mi querido P . . .

“Podéis venir YA. D . . . y F . . . están contestes en que no duraré más que hasta las doce de la noche de mañana; y creo que han calculado perfectamente.

VALDEMAR.”

Recibí esta esquela media hora después de haber sido escrita, y quince minutos más tarde estaba en la habitación del moribundo. No le había visto hacia diez días, y quedé consternado por la horrorosa alteración que tan breve intervalo había producido en él. Su rostro tenía un color aplomado; los ojos absolutamente sin brillo; y el enflaquecimiento tan extremo, que el cutis se había rajado en los pómulos. Su expectoración era excesiva. El pulso, perceptible apenas. Conservaba, sin embargo, de una manera notable, su aptitud mental y un cierto grado de fuerza física. Hablaba distintamente—tomó algunas medicinas paliativas sin que le ayudaran—y, cuando entré al cuarto, estaba ocupado en escribir con lápiz, en el memorandum de una cartera. Estaba sostenido por almohadas en el lecho. Los doctores D . . . y F . . . le cuidaban. Después de estrechar la mano de Valdemar, tomé aparte á esos caballeros, y obtuve de ellos una relación minuciosa del estado del paciente. El pulmón izquierdo había permanecido durante ocho meses en un estado semioseo ó cartilaginoso, de manera que se hallaba inútil para proporcionar vitalidad. El derecho en su porción superior, estaba también parcialmente, si no del todo, osificado, mientras que la región inferior era una masa de tubérculos purulentos, con comunicación entre sí. Varias y extensas perforaciones existían; y en un punto se habían localizado permanentemente en las costillas. La presencia de estos fenómenos en el lóbulo derecho era de fecha comparativamente reciente. La osificación había procedido con una rapidez no habitual: ningún síntoma había sido descubierto hasta un mes antes, y las perforaciones habían sido observadas hacia tres días. Independientemente de la tisis, se sospechaba que el enfermo tuviera un aneurisma en el aorta; pero acerca de este punto los síntomas óseos hacían imposible un diagnóstico exacto. En opinión de los dos médicos, el señor Valdemar moriría á las doce de la noche del día siguiente, poco más ó menos. Era un sábado á las siete de la tarde.

Al separarse del lado del paciente, para conversar conmigo, los doctores D . . . y F . . . le habían dado el último adiós. Su intención era no volver más; pero á instancia mía convi-

nieron en examinarlo de nuevo á las diez de la noche del domingo.

Cuando se hubieron marchado, hablé libremente con el señor Valdemar respecto á su próxima disolución, así como sobre el experimento propuesto. Profesaba un gran deseo—hasta un ansioso deseo—de llevarlo á cabo, y me exhortó á que lo comenzara. Dos enfermeros, una mujer y un hombre había en la casa para cuidarlo; pero no me sentí con la confianza necesaria para empeñarme en una tarea de ese carácter, sin que más testigos que ellos pudieran declarar en caso de accidente repentino. Diferí, pues, la operación hasta cerca de las ocho de la noche siguiente, cuando la llegada de un estudiante de medicina (Teodoro L . . .) con quien tenía alguna relación, me hubo libertado de los últimos escrúpulos. Había pensado, primeramente, esperar á los médicos; pero fui inducido á proceder por las repetidas instancias del señor Valdemar y por mi convicción de que no había un momento que perder pues se moría rápidamente.

L . . . fue tan amable que accedió á mi deseo de que tomara razón de lo que ocurriera en su memorandum donde se encuentra lo que tengo que decir todavía. Casi todo se halla en él, condensado ó copiado VERBATUM.

Faltaban cinco ó diez minutos para las ocho, cuando tomando las manos del paciente, le supliqué que declarara, tan claramente como le fuera posible al señor L . . ., si él (Valdemar) estaba conforme y quería que hiciera yo el experimento del mesmerismo en su persona.

Replicó débilmente, pero de una manera inteligible:

—Sí, quiero ser magnetizado.

Añadiendo en el acto:

—Temo mucho que hayas diferido el acto por demasiado tiempo.

Mientras hablaba así, comencé los pases que había encontrado antes más eficaces para adormecerlo. Fue evidentemente influido por el mayor rozamiento lateral de mi mano sobre su frente; pero aunque puse en juego todos los elementos conocidos, ningún otro efecto perceptible fue producido hasta algunos minutos después de las diez de la noche, hora en que llegaron los señores D . . . y F . . . de acuerdo con lo convenido. Les expliqué, en pocas palabras, cuál era mi intento, y como no opusieron objeción alguna, manifestando que el enfermo estaba ya en la última agonía, procedí sin vacilación—cambiando, sin embargo, los pases laterales por perpendiculares, y dirigiendo toda mi atención sobre el ojo derecho del paciente.

En esos momentos su pulso era imperceptible y su respiración estertórea, y con intervalos de medio minuto.

Permaneció así cerca de un cuarto de hora. Al finalizar ese período, un suspiro natural aunque muy profundo, se escapó de su pecho y la respiración estertórea cesó, es decir, el estertor no fue ya apreciable: los intervalos no disminuyeron. Las extremidades del moribundo estaban frías como el hielo.

Cinco minutos antes de las once percibí síntomas inequívocos de la influencia magnética. Los ojos que giraban antes como globos de vidrio adquirieron esa expresión de inquieto é interior examen que se ve únicamente en los casos de sonambulismo y que no se puede equivocar con ninguna otra. Con varios pases laterales y rápidos, sumí los temblorosos párpados en un sueño incipiente, y con otros cuantos más los hice cerrar del todo. No estando satisfecho de esto, continué las manipulaciones vigorosamente, empleando toda mi voluntad, hasta que hube endurecido por completo los miembros del durmiente, después de haberlos colocado en una posición al parecer cómoda. Las piernas estaban estiradas en toda su longitud; los brazos casi lo mismo, y reposando en el lecho, á una distancia conveniente del cuerpo. La cabeza se hallaba ligeramente elevada.

Cuando hube hecho esto, eran ya las doce de la noche, y pedí á los caballeros presentes que estimaran el estado del enfermo. Después de algunos experimentos, admitieron que se hallaba en un estado perfecto de catalepsia magnética. La curiosidad de los dos médicos

estaba excitada al más alto grado. El Dr. D . . . resolvió, por fin, permanecer con nosotros toda la noche, mientras el Dr. F . . . se retiró, prometiendo volver á la madrugada. L . . . y los enfermeros se quedaron.

Dejamos á Valdemar completamente tranquilo hasta cerca de las tres de la mañana, hora en que nos aproximamos á su lecho y le encontramos en el mismo estado que cuando se retiró el Dr. F . . . es decir, en la misma posición. El pulso era imperceptible; la respiración débil (apenas notable, á menos de aplicarle un espejo á los labios); los ojos estaban cerrados y los miembros tan rígidos y fríos como el mármol. En general, su apariencia era la de un cadáver.

Al aproximarme á Valdemar hice una especie de semi-esfuerzo para infundir en su brazo derecho, á fin de que siguiera la dirección del mío, que pasaba por su cuerpo en todos sentidos. Experimentos de esa naturaleza no habían tenido nunca buen resultado con el paciente, y á la verdad, tenía muy poca esperanza de conseguirlo entonces; pero con grande asombro, su brazo siguió fácil aunque débilmente, las direcciones que le señalaba con el mío. Determiné aventurar algunas preguntas.

—Señor Valdemar, dije, ¿estáis dormido?

No replicó nada, pero percibí un temblor sobre sus labios, é inducido por él, repetí las palabras dos veces más. A esta tercera repetición, todo su cuerpo se agitó con un estremecimiento debilísimo; los párpados se abrieron por sí mismos de tal manera, que mostraron hasta la niña del ojo; los labios se movieron con lentitud, y á través de ellos, en un murmullo apenas perceptible, se escaparon estas palabras.

—Sí; dormido estoy. ¡No me despertéis! dejadme morir así!

Le toqué los labios y los encontré más rígidos que nunca. El brazo derecho, como antes, obedecía la dirección de mi mano. Pregunté al sonámbulo:

—¿Sentís aún dolor en el corazón, señor Valdemar?

La respuesta fue inmediata, pero todavía menos perceptible que antes:

—Ningún dolor.—Estoy agonizando.

No creí prudente seguir incomodándole, y nada más fue dicho ni hecho hasta la llegada del Dr. F . . . que vino poco antes de salir el sol; expresó una sorpresa sin límites al encontrar al enfermo todavía vivo. Después de tomarle el pulso y aplicarle un espejo á los labios, me pidió que hablara de nuevo al sonámbulo. Lo hice, diciéndole:

—Valdemar, ¿dormís todavía?

Lo mismo que antes, pasaron algunos minutos sin que replicara; parecía que juntaba todas sus fuerzas para hablar. A mi cuarta repetición de la pregunta, respondió muy débilmente, con voz casi imperceptible:

—Si todavía duermo—agonizando.

Fue entonces la opinión, ó más bien el deseo de los médicos, que Valdemar permaneciera en aquel estado aparentemente tranquilo, hasta que llegara la muerte—y ésta, según todos creían, debía tener lugar de allí á pocos minutos. Terminé, sin embargo, por hablarle todavía una vez, repitiendo simplemente mi anterior pregunta.

Mientras hablaba, hubo un cambio marcado en el aspecto del sonámbulo. Los ojos giraron bajo el párpado casi cerrado, desapareciendo las pupilas hacia arriba; el cutis afectaba en general un color cadavérico, que se parecía más al papel blanco que al pergamino; y las manchas circulares, síntomas de la fiebre ética, que hasta entonces se habían circunscrito al centro de cada mejilla, se APAGARON de repente. Uso esta palabra, porque la violencia de su desaparición me recordó la luz de una vela, extinguida por un soplo. El labio superior, al mismo tiempo, se torció fuera de los dientes, á los que cubría antes por completo; la mandíbula inferior cayó con un perceptible golpe, dejando la boca anchamente extendida, descubriendo la lengua blanca é hinchada. Creo que todos estábamos acostumbrados á los horrores de los hechos de muerte; pero fue tan repugnante el aspecto del señor Valdemar en aquel momento, que hubo un movimiento de retirada general.

Comprendo que he alcanzado al punto de

esta narración, en que cada lector se verá solicitado por la incredulidad. Mi tarea, sin embargo, consiste en proseguirla.

No quedó en Valdemar el más débil signo de vitalidad; y creyéndolo muerto, estábamos encargando su cuerpo á los enfermeros, cuando se observó en su lengua un fuerte movimiento vibratorio. Fue visible durante casi un minuto. Al espirar este período, brotó de las mandíbulas dilatadas é inmóviles una voz—que sería locura en mí pretender describirla. Existen, á la verdad, dos ó tres epítetos que podrían considerarse como aplicables á ella; puedo decir, por ejemplo que el sonido era bronco, y cortado, y hueco; pero su horroroso conjunto es indescriptible, por la simple razón de que jamás ha resonado un sonido semejante en los oídos del hombre.

Había dos particularidades, sin embargo, que pensé y pienso todavía, pueden ser enunciadas con exactitud, tanto para comprender lo característico de su entonación, como por estar bien adaptadas para formar idea de su peculiaridad extraterrestre. En primer lugar, la voz parecía llegar á nuestros oídos—al mío por lo menos—desde una vasta distancia, desde alguna profunda caverna. Después, me pareció (temo, á la verdad, que me sea imposible ser comprendido) que algo gelatinoso ó glutinoso afectaba mi sentido del tacto.

He hablado de «sonido» y de «voz». Quiero decir que el sonido era de distinta—hasta de sorprendente, de pasmosa silabificación. El Sr. Valdemar HABLÓ, evidentemente, en respuesta á la pregunta que le había hecho pocos minutos antes. Le había preguntado—ya se recordará,—si dormía. Y él había dicho:

—Sí; nó;—HE ESTADO durmiendo—y ahora —ahora ESTOY MUERTO.

Ninguna de las personas presentes afectó negar, ni pretendió reprimir el inexplicable, el tembloroso horror que esas palabras, así pronunciadas, transmitieron á todos. L... (el estudiante) se desmayó. Los enfermeros abandonaron la habitación inmediatamente, y no se pudo conseguir que volvieran. Mis propias impresiones, no pretendo hacerlas inteligibles al lector. Cerca de una hora nos ocupamos nosotros mismos, silenciosamente—sin pronunciar una palabra—en hacer volver en sí á L... Cuando lo conseguimos, tratamos de hacer una nueva investigación del estado de Valdemar.

Era el mismo que he descrito la última vez, con la excepción de que el espejo no se empañaba ya, al ser aplicado á sus labios. Una tentativa de sacarle sangre de un brazo no tuvo éxito. Debo mencionar, además, que este miembro no estaba ya sujeto á mi voluntad. Ensayé inútilmente hacerle seguir la dirección de mi mano. La única indicación real, á la verdad, de la influencia magnética, fue encontrada en el movimiento vibratorio de la lengua, cuando dirigía al Sr. Valdemar alguna pregunta. Parecía hacer un esfuerzo por responder; pero ya no tenía suficiente volición. Si le hablaba alguna otra persona que yo, parecía absolutamente insensible, aunque traté de colocar á todos los presentes en RELACION mesmérica con él. Creo que he relatado ya todo lo necesario para poder conocer el estado del sonámbulo, y á las diez salí de la casa en compañía de los dos médicos y de L...

A la tarde fuimos todos á ver al paciente de nuevo. Su estado era exactamente el mismo. Tuvimos alguna discusión respecto á la conveniencia y posibilidad de despertarle; pero encontramos poca dificultad en convenir que no podía servir á ningún buen propósito. Era evidente que hasta entonces, la muerte (ó lo que comúnmente se llama muerte) había sido detenida por el procedimiento mesmérico. Nos parecía claro á todos nosotros que despertar á Valdemar sería simplemente apresurar su fin, ó al menos, su rápida disolución.

Desde este período hasta la semana que acaba de terminar—UN INTERVALO DE CERCA DE SIETE MESES—continuamos yendo diariamente á su casa acompañados unas veces por médicos y otras por amigos.

En todo ese tiempo el sonámbulo permaneció exactamente como lo he descrito últimamente. Los cuidados de los enfermeros eran continuos.

El viernes último resolvimos despertarlo ó tratar de despertarlo, y el infortunado resultado de este experimento ha dado origen á tantas discusiones en los círculos privados—á tanto de lo que no pudo impedirme de llamar injustificables creencias populares.

Con objeto de sacar a Señor Valdemar de su catalepsia magnética, hice uso de los pases acostumbrados. Durante algunos momentos fueron inútiles. La primera indicación de la vuelta á la vida, fue un descenso parcial del iris. Se observó como especialmente notable que este rebajamiento de pupila fue acompañado por la profusa salida de un licor amarillento (de debajo de los párpados) de un olor acre y repugnante. Se habló entonces de que debía tratar de influir en el brazo del paciente como en otro tiempo. Hice la prueba, sin obtener éxito; el doctor F... entonces, manifestó el deseo de que hiciera al enfermo una pregunta que me dictó.

—Señor Valdemar, dije, ¿podéis explicarnos cuáles son vuestros sentimientos ó deseos, ahora?

Hubo por un instante reaparición de las manchas de la fiebre en las mejillas: la lengua se estremeció ó más bien giró violentamente dentro de la boca (aunque las mandíbulas y labios estuvieran tan rígidos como antes); y por último, la misma voz horrorosa que he descrito, contestó:

—¡Por Dios! —¡pronto! —adormecedme—ó pronto—despertadme—¡pronto! —¡OS DIGO QUE ESTOY MUERTO!

Me encontré completamente enervado y durante un momento no supe que hacer. Al principio traté de volverle á su anterior estado; pero, cayendo bajo el imperio de mis deseos, volví sobre mis pasos y luché por despertarle. En este intento vi pronto que obtendría éxito—ó al menos, imaginé que mi éxito sería completo—y estoy seguro que todos los asistentes estaban preparados para ver el despertar del enfermo.

Sin embargo, para lo que ocurrió en rea-



Señora CARLOTA MILLANES, primera tiple absoluta de la Compañía "Romero y Coussirat"

lidad, es completamente imposible que ningún sér humano estuviera preparado.

Al hacer rápidamente los pases mesméricos, entre exclamaciones de ¡muerto! ¡muerto! que BROTABAN de la lengua y no de los labios del paciente, todo su cuerpo se estremeció y en el espacio de un solo minuto ó hasta menos, se encogió, se desmenuzó absolutamente PODRIDO entre mis manos. Sobre el lecho, sobre todos nosotros cayó una especie de masa líquida en la más asquerosa, en la más abominable putrefacción.

EDGAR POE.

Del natural

(PARA LUÍS FERNÁN CISNEROS)

La montaña con fúnebre imponencia
Entre mantos de nieblas se adormía.
Ni canto, ni ave, ni rumor había:
Era todo silencio, somnolencia.

Y en la humilde heredad ruda inclemencia
En su choza al labriego consumía,
Que aislado y triste deslizar veía
De sus horas amargas la existencia.

Mas allá en la montaña solitaria,
Al calor de la choza apetecida,
Donde airada pasión jamás alcanza,

Tiene siempre el labriego una plegaria:
Que en excelsos efluvios convertida
Se resuelve en dulcísima esperanza.

Rima

H.

Cuando te ví, radiante de hermosura
En el salón aquél.....
Me pareciste un angel altanero,
Más altiva y soberbia que Luzbel!

Hoy, al mirar tu rostro entristecido,
Al oírte sollozar,
Me pareces un angel del martirio
Que á su calvario resignado vá.....

Mañana, oculta bajo toca blanca
Y áspero sayal,
Que cubran tu altivez, como en la cima
Cubre la nieve el cráter del volcán!

Parecerás un angel de consuelo
En el triste hospital....
¿No turbará un recuerdo tus plegarias
En la celda, en el claustro, en el altar?

EL EGOISTA



ME aquí que voy á revelaros una historia cierta y que entraña gran sabiduría. La encontré en un carcomido infolio olvidado en la vestusta librería de un ruinoso castillo medioeval.

Vivía en tiempos remotos en una enorme cosmópolis un hombre rico y poderoso. rey ó principal de ella y cuyos caprichos eran leyes. Y vivía este hombre de corazón duro, indiferente al bien ó al mal ajenos, satisfecho con su felicidad personal.

Su poder agobiaba por igual á ricos y pobres. Se le maldecía en voz baja por lo que apretaba, pero en voz alta se hacían votos por su dicha sin fin.

Y este hombre para quién no valían la opinión ni el bienestar extraños, no fué siempre así. En otra época, allá en su lejana juventud, fué un ser generoso, amante apasionado de todos los ideales nobles, justiciero y caritativo.

Una vez, grave peligro amenazó la ciudad, y todos sus moradores fueron presa del miedo. Sólo él, acompañado de un hermano suyo, miró el peligro cara á cara, lo combatió esforzadamente y salvó la ciudad. Y el pueblo entusiasmado y agradecido quiso hacerlo su rey, pero él renunció en favor de su hermano en quién reconocía dotes de mando y de saber profundos.

Casó con una mujer bella sobre toda ponderación, sin fijarse en lo oscuro de su linaje, y ella fué desde entonces, gracias á su gran posición social, la gala y el orgullo de todas las reuniones.

Tuvo un buen amigo, casi un hermano, á quién protegió de manera efectiva é hizo grande y rico inmensamente.

Confió á un habil administrador, criado á su lado en el hogar de sus padres, el cuidado de su vasta hacienda, y depositó en él toda su confianza.

Como no tuviese hijos en su unión, adoptó un huerfanillo al que hizo educar esmeradamente y al que tomó gran cariño.

Un demagogo farsante trató cierta vez de hacer creer al pueblo que se preocupaba por sus suerte y que si lo hacía su rey no faltarían el pan y las fiestas, y él con dialéctica poderosa lo combatió hasta vencerlo, porque vió claro amente que ese hombre lo que quería era alzarse con las vidas y haciendas de todos.

Para socorrer á un hombre que tenía enferma á su mujer y con hambre á sus hijos se deshizo, por falta momentánea de dinero, de una rica joya, recuerdo de su buen padre.

Y ved ahora, como le fueron pagados luego todos estos beneficios.

Su hermano, celoso de su popularidad y habiendo tomado apego al poder lo desterró de la enorme cosmópolis porque temía que á pesar de su bondad envidiara el poder que tan generosamente le había cedido y conspirara en su contra.

La mujer que sacó de la nada y enalteció haciéndola su compañera, fué perjura y lo engañó con el amigo querido á quién siempre distinguiera con cariño de hermano.

Su administrador se entregó al despilfarro, no rindió cuentas de su manejo, y huyó con todo el oro que pudo, dejándolo arruinado.

El hijo de adopción, culebra criada en el seno, creció con los más criminales instintos, y un día, como se impacientase porque la muerte de su padre se dilataba, intentó hacerle pasar por loco que derrochaba su hacienda y pidió la tenencia de todos sus bienes.

El pueblo, inestable en sus juicios siempre, luego de erigirle una estatua por haberlo librado del demagogo, se volvió contra él azuzado por los malos, hizo pedazos la estatua é igual suerte le hubiera tocado si oportunamente no se pone en salvo.

El hombre á quien socorriera liberalmente,

se comprometió por miserable paga á asesinarlo, y en las sombras alzó contra él puñal homicida.

Ejerció, como veis, este hombre, la caridad pública y privada; fué amante de la justicia y del hogar; adorador de la belleza; defensor del pueblo, y observante de las leyes. Dió así mismo seguro apoyo al débil y confió iluso en la amistad y el amor.

Y todas estas buenas condiciones sólo le ocasionaron sinsabores. Destiló amargura lentamente á cada decepción, llegó á dudar de la bondad de sus procederes y la masa humana le inspiró desprecio profundo.

Y entonces sus ojos se abrieron; su corazón endureció y cerró su casa y su bolsa á los

buenos por buenos y á los malos por malos, y solo así pudo vivir feliz muchos años, viendo prosperar su hacienda y siendo temido y respetado.

Y este fué el primer egoísta que contempló la tierra y su nombre fue *Homo* y su apellido *Rec.*

Revelo Hoffman



Señorita TERESA MILLANES, primera bailarina de la Compañía "Romero y Coussirat"

Concurso literario

Desde la fecha hasta el día 16 de Octubre abriremos un Concurso Literario con el fin de premiar las mejores composiciones que se nos remitan de acuerdo con las condiciones siguientes:

Un primer premio, consistente en una pluma de oro, será concedido á la mejor composición en prosa en que se desarrolle este tema:

Influencia de la educación literaria en la civilidad de los pueblos.

Un primer premio, consistente en un objeto artístico, para la mejor poesía en cualquier metro y forma, con este tema:

Los Fuertes y los Sabios.

Un primer premio, consistente en una obra clásica, para la mejor selección de Cantatares populares.

Habrán tres *accésits* correspondientes á los trabajos que después de los premiados resulten mejores en concepto del Jurado.

Los trabajos deben ser enviados bajo cubierta dirigida al Director de EL HERALDO DEL ISTMO, escritos á máquina por una sola cara del papel.

Los trabajos en prosa no deben constar de más de siete páginas y los Cantatares populares no deben ser menos de diez ni más de veinte.

Los trabajos no deben tener la firma del autor sino una cifra, inicial ó seudónimo que sirva de distintivo. La firma se enviará por separado en otra cubierta en cuyo sobrescrito se indicará el título del trabajo enviado y la cifra, inicial ó seudónimo correspondiente.

Dentro de una cubierta no debe venir más de un trabajo en ningún caso.

La Dirección se reserva el derecho de publicar los trabajos no premiados que sean de su agrado.

Cerrado el Concurso á las seis de la tarde del día 16 de Octubre, los trabajos recibidos que se ajusten á las condiciones anotadas se pondrán en manos de un Jurado Calificador que emitirá su fallo en diez días.

Los trabajos premiados se publicarán en la edición de esta Revista correspondiente al 3 de Noviembre.

Compondrán el Jurado los señores doctores Pablo Arosemena, Eusebio A. Morales, Salomón Ponce Aguilera, Abel Bravo y Ramón M. Valdés,

Se invita á todos los escritores y poetas, nacionales y extranjeros, residentes en la República, á tomar parte en este Concurso.



Hacia arriba

¡Oh voces silenciosas de los muertos!
Cuando la hora muda
y vestida de fúnebres crespones,
desfilando haga ante mis turbios ojos
sus fantasmas inciertos,
sus pálidas visiones.....

¡Oh voces silenciosas de los muertos!
En la hora que aterra,
no me llaméis hacia el pasado obscuro,
donde el camino de la vida cruza
los valles de la tierra.

¡Oh voces silenciosas de los muertos!
Llamadme hacia la altura,
donde el camino de los astros corta
la "gélida negrura,"
hacia la playa donde el alma arriba;
llamadme entonces, voces silenciosas,
hacia arriba..... Hacia arriba!

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA.

Conyugal

¿Quién es esa mujer á quien adoro,
A quien consagro toda mi existencia,
Y por verme amoroso en su presencia
No la trocara por ningun tesoro?

Mi alma y mi corazón alzan un coro,
Porque en mí se ha formado la creencia
Que no debo aspirar gloria ni ciencia
Porque Ella tiene cuanto al cielo imploro

De mis dulces ensueños juveniles
Fue la imagen mas bella y más querida!
La busqué del cariño en los pensiles,

Y al entregarle con mi amor la vida,
Formamos lazo indisoluble y fuerte,
Que no puede romper la misma muerte.

JERÓNIMO OSSA

NOTAS

Personal

La Señorita Elisa María Espinosa, la espiritual y bella Presidenta del *Club Iris* ha pasado horas terribles agobiada por cruel enfermedad. Por fortuna su juventud, la inmejorable asistencia médica de que supo rodearla su cariñosa familia, y tal vez también los votos que por ella hacíamos los que sabemos estimarla, han triunfado sobre el mal y ya hoy está fuera de peligro, en franco período de convalecencia. Sea pues esta la ocasión de felicitarla, al par que á todos los suyos, por el restablecimiento de su salud.

Grata ceremonia

Fiesta del Progreso podemos llamar francamente á la grata ceremonia de la colocación de la primera piedra del edificio para escuela que en la *Loma del Lirio* va á edificar el honorable Consejo Municipal del Distrito. Se efectuó este acto el día 1º del mes en curso, á las ocho y media de la mañana, ante numerosa y selecta concurrencia que asistió atraída por la novedad del espectáculo nunca antes visto entre nosotros. Es indudable que progresamos, bien que sea lentamente. Nuestros primeros pasos son débiles y demorados, pero una vez emprendida la marcha, cada día los resultados serán más prósperos. En esta vez los señores que componen el respetable Concejo han dado una prueba fehaciente de lo que se puede hacer cuando asiste la buena voluntad, y al felicitarles sinceramente deseamos que sean perdurables en ellos los buenos propósitos de que han hecho digna ostentación.

Teatro

Durante toda la quincena transcurrida últimamente ha actuado con bastante éxito en nuestro exiguo teatro la Compañía de Opereta y Zarzuela *Romero y Coussirat*, cuyo personal, en general, es escogido. La tiple señora Millanes y el bajo señor Marco, son en nuestro sentir de lo primero. Ella no tiene ciertamente una voz potente, pero es artista de escuela que, con una jaula de pájaros en la garganta, hace florituras y da notas picadas admirables. El señor Marco, un bajo profundo perfecto, es sin disputa, despues del famoso Castel-Marie, el mejor bajo que ha visitado esta capital. El tenor señor Matheus y la tiple cómica señora, Amalia Díaz deleitan y edrecen. Ugheti, el barítono, es muy conocido de nuestro público, así que todo elogio de él está demás. Solamente los coros no nos agradaron.

Son malos, muy malos, y la empresa debe tener empeño en cambiarlos en cuanto pueda, pues dan la nota discordante.

La señorita Teresa Millanes, hermana de la primera tiple, y primera bailarina de la empresa, es un primor bailando. Ella no es un prodigio de belleza, pero tiene una gracia y una gentileza que cautivan.

La empresa ha tenido en todas sus funciones lleno completo. La noche que subió á escena la zarzuela *Los diamantes de la corona*, hubo necesidad de suspender la venta de boletos porque no se cabía materialmente. Esto nos lleva á pensar en que el Teatro Nacional en proyecto va á resultar inadecuado para la población. Calculamos las entradas habidas en esta temporada en mil doscientas, más ó menos, y como seguramente dentro de dos años, fecha en que debe quedar concluido el Teatro, la población habrá aumentado mucho, podremos calcular la asistencia en dos mil personas, que estarán tan mal acomodadas y tan á disgusto como hemos estado los que concurrimos á las representaciones de la empresa *Romero y Coussirat*.

Embriagaos

Se ha de estar siempre ebrio. Todo en eso consiste: he ahí la única cuestión. Para no sentir el horrible peso del Tiempo, que quiebra vuestros hombros y os inclina hacia la tierra, es menester que sin tregua os embriaguéis.

¿Con qué? Con vino, poesía ó virtud, á vuestra guisa. Pero embriagaos.

Y sí, alguna vez, en la escalera de un palacio, sobre la verde hierba de un foso, en la lúgubre soledad de vuestro aposento, llegáis á despertar, la embriaguez ya disminuída ó desaparecida, preguntad al viento, á la ola, á la estrella, al ave, al reloj, á todo lo que huye, á todo lo que gime, á todo lo que rueda, á todo lo que canta, á todo lo que habla, preguntad qué hora es: y el viento, la ola, la estrella, el ave, el reloj, os responderán:

"Es hora de embriagarse! Para no ser los esclavos martirizados del Tiempo, embriagaos, embriagaos sin cesar! Con vino, poesía ó virtud, á vuestra guisa." —CHARLES BAUDELAIRE

Prima

La alegría de la casa es el nombre de un bello cuadro del notable pintor E. de Blaas, cuya reproducción en medio tono ofrecemos hoy á nuestros suscritores.

El trabajo del grabado ha sido ejecutado con verdadero gusto por el inteligente y bien conocido artista don Carlos Endara, que con su galantería habitual nos lo ha obsequiado, haciéndose así acreedor á nuestro agradecimiento.

Sea esta la ocasión de manifestar que los grabados de este número, excepto los de las hermanas Millanes, son trabajo suyo. Adelantando cada vez mas su instalación, don Carlos Endara nos ofrece de día en día trabajos concluídos y de gusto que nada tienen que envidiar á los de procedencia extranjera.

Recreaciones intelectuales

Las soluciones á las *Recreaciones Intelectuales* publicadas en el número anterior, son las siguientes:

62ª—Seda. Esas. Dase. Ases.

63ª—Raro. Amor. Roma. Orar.

Enviaron soluciones de la 62ª los señores suscritores J. M. Tribaldos, Juan Brin Jr., Pedro A. Aguilera y Leoncio M. Tascón. Rifado el premio entre ellos le tocó al último.

Á la número 63ª, enviaron soluciones los señores Ramón Noriega, J. M. Tribaldos, Gavino Gutiérrez Lasso, Juan Brin Jr., Pedro A. Aguilera y J. H. de Sola. Rifado el premio correspondiente, tocó al señor José M. Tribaldos.

De Victor Hugo

Sobre una barricada, en medio de adoquines manchados con sangre culpable, y con sangre inocente lavados, un niño de doce años es aprisionado en compañía de otros pobres.—¿Estabas tú con esos? El niño respondió:—Sí, son mis compañeros.—Está bien, responde el oficial. Se te fusilará, también. Espera tu turno.—El niño vió brillar algunos relámpagos y caer á todos sus compañeros al pie de la muralla. Y dijo al oficial:—¿Me permitis que vaya á mi casa para entregar á mi madre este reloj?—¿Quieres escapar?—¡Oh, no! Volveré en seguida.—¿Estos tunos tienen miedo! ¿Dónde vives?—Allá, junto á la fuente. Volveré, no lo dudéis, señor capitán.—¡Vete ligero, bribón!—El niño se va.—Pretexto grosero! Y el oficial y los soldados ríen sus risotadas se confundieron con el estertor de los moribundos: pero la risa cesó pronto porque al ca-

bo de algunos minutos el niño apareció muy pálido y altivo como Viala. Apoyándose contra el muro, les dijo:—Ya estoy aquí.—La muerte estúpida tuvo vergüenza y el oficial lo perdonó.

Hermanas Millanes

Gustosos publicamos en este número los retratos de las notables artistas de la empresa de opereta y zarzuela *Romero y Coussirat*, señora Carlota Millanes y señorita Teresa Millanes. Al hacerlo así, EL HERALDO DEL ISTMO cumple fiel su programa de dar cabida en sus páginas á los que con verdadero mérito se distinguen en cualquier ramo del Arte.

Charada

Aunque hemos resuelto suspender la publicación de las *Recreaciones Intelectuales*, damos cabida gustosos á la siguiente charada en fuga de vocales que nos ha sido remitida por nuestro buen amigo señor don A. H. Arosemena. Obsequiaremos una novelita de Carlota Braemé al suscriptor que primero nos envíe solución.

CHARADA.

EN FUGA DE VOCALES.

P. r h. r . d. s t. r. c. r.
M. y f. r. z . . m. p. r. t. n. n. t.
. s. l. t. m. d. r. p. n. t.
P. r. m. r. y t. r. c. . l. t. n. r.
M. s. q. s. m. b. n. s. r. t.
Q. . n. s. f. t. l. n. s. t. n. t.
. l. t. d., q. . s. r. r. g. n. t.,
M. s. l. v. r. d. l. m. r. t.
P. r. s. n. t. n. d. s. c. n. m. n. t.
y . n. l. n. d. p. r. m. y s. g. n. d.
. s. p. s. t. l. b. r. n. d.
C. s. c. m. p. r. n. e. n. t.
P. r. q. . l. v. r. t. n. t. h. r. m. s. r.
M. s. f. r. s. s. c. n. t. n. d. r. s.
S. t. r. c. r. n. n. s. ñ. r. s.
D. . n. . g. r. d. b. l. t. r. n. r.

A. H. A.

Clarínada

Con frecuencia recibimos, indudablemente para su publicación en esta Revista, prosa y versos del todo ingenuos, que van al cesto sin remedio alguno. Ojalá que los aficionados á esos envíos los suspendieran, pues sólo publicaremos de hoy en adelante material de colaboración solicitada, ó el que nos envíen nuestros amigos literarios del exterior.

Wagner

Guillermo Ricardo Wagner, el gran compositor alemán llamado *el creador de la música del porvenir*, nació en Leipzig en 1813, siendo su padre un oscuro abogado. En su ciudad natal hizo sus primeros estudios musicales que concluyó luego en Dresde. Su afición á la música se desarrolló escuchando una sonata de Beethoven, que le produjo impresión tan fuerte que estuvo en cama varios días. Su primera ópera, *Lashadas*, nunca se estrenó porque ningún director de Teatro quiso admitirla. Su fama comenzó con la representación de *Rienzi* en 1838. Todas sus obras son grandes concepciones artísticas al par que humanas. *Lohengrin* y *Los maestros cantores* se consideran como sus mejores creaciones. Suyas son también *Tannhauser*, *El buque fantasma*, *Parsifal*, *Tristán é Isolda* y la trilogía llamada *El anillo de los Nibelungos*, compuesta de *La Walkyria*, *Sigfrido*, *El Crepúsculo de los Dioses* y un prólogo llamado *El oro del Rhin*. Wagner fué un gran luchador y un gran caracter. Ha tenido grandes adversarios, pero él ha triunfado de todos. Murió en Venecia en 1883, á los setenta años.

Conocemos algo, muy poco, de la música de Wagner y nos encanta. Y como al igual nuestro habrá otros en la ciudad, nos permitimos suplicar á nuestro buen amigo señor Santos Jorge, Director de la Banda Republicana, nos obsequie una que otra vez con trozos de esa música soberbia, trozos que pueden ser la gran marcha de *Tannhauser*, el coro de las *Walkyrias*, la canción de *Tristán*, la marcha de *Lohengrin*, el coro de *Tannhauser*, ó los que más agraden al competente maestro y amigo.

Blanca de Varelles

NOVELA DE PASIÓN

DE JEAN DE LA HIRE

Traducción de EVERARDO VELARDE

CAPITULO SEGUNDO

IV

Omnia vincit Amor.

VIRGILIO.

(Continuación)

En las pesadas horas de inacción á la cual la reducía la postración del enfermo, soñaba, perdida la mirada por entre los portillos oscuros de los árboles de la montaña. Por momentos apoyaba, para refrescarla, la frente contra el vidrio trazando extravagantes dibujos en la especie de neblina que su aliento producía.

Una inmensa piedad por los sufrimientos de Jacobo devoraba todo su ser, y esa misma piedad sin cesar mas viva, era á manera de afluente que se unía al caudaloso rio de su amor en ciernes extendiéndolo, anchándolo y haciéndolo mas impetuoso y más profundo. Acostumbrada como estaba, á causa de su vida solitaria, á reflejarse en sí misma y á leer en el fondo de su alma, reconoció al fin que su amor por Jacobo era una cosa real y fuera de duda. Que este sentimiento, antes aceptado y acariciado, fuese culpable, ¿cómo lo habría ella pensado, ignorando en su alma ingenua que obedecer á los sentidos y al corazón fuera una falta? Ella no veía en el amor sino el medio de curar á su amigo; porque el amor es un bálsamo, el bálsamo que había libertado á Salambó! Quién sabe tal vez en Jacobo, caricias y besos de mujer producirían el mismo resultado! La tentativa de ensayar la sacudió, después, vagamente, sin conciencia plena de su parte, la idea de satisfacer también su propia sed de lo desconocido, impacientemente desde hacía meses, vino á unir la fuerza de su egoísmo á la fuerza de su amor compadecido. Tan apremiante y fuerte fué la tentación, que Blanca sucumbió.

Ah! las largas horas que pasó extendida á su lado, dándose á las caricias torpes é incompletas del hombre, prodigando ella misma los besos y ensayando también los abrazos! Jacobo sin embargo permanecía frío. Poco á poco enfebrecida y colérica, trataba de excitar ese gran cuerpo, con el aprobado proyecto de despertarlo de su torpeza y llamarlo á la vida serena, en el

deseo también, pero secreto, de aprender de él lo que no sabía y que ay! él mismo ignoraba! Después de haber en vano ejercitado esa palanca en las carnes del joven, se dejó caer cobardemente en un asiento, desesperada de la doble inutilidad de sus esfuerzos. Con el fracaso, sus deseos y su piedad se irritaban al unísono; y, talvez si hubiera tenido la experiencia, habría ido, en un momento de rabia amorosa y de desesperación piadosa, hasta hacerse ella misma la iniciatriz. Mas si creía que para Jacobo, ella quería la salud relativa del pasado, ignoraba absolutamente la forma y el fin de sus propios deseos; así que su sér todo no era enteramente sino un clavicordio viviente cuyas teclas gemirían y aullarían juntas sin conocer los dedos que las tocaba. Si el estado de Jacobo hubiera durado ocho días mas, Blanca habría caído también en cama, sucumbiendo á la exacerbación de sus sentidos y á la excitación continua de su espíritu.

Al comienzo de la última semana de Enero, la salud de Jacobo mejoró sensiblemente, y Blanca, dichosa de poder salir al fin, se apresuró á bajar al parque.

Era un día tibio, dulce y embalsamado, como los prodiga el invierno en el mediodía. En los jardines suspendidos, alegres naranjos y lánguidos limones brillaban á través de sus ramajes con subidas tonos.— Algunos almendros se cubrían ya de flores, de flores blancas y rosados, elegantes y gruesas, encantadoras de virginidad, ostentosas de savia vigorosa. Los plátanos desprovistos de sus hojas no retenían el sol que desparamaba á manera de oleadas en el patio una lejía luminosa, una polvareda de oro, á través de la cual las piedras podridas de la vieja capilla y las maderas roídas por el tiempo de las escaleras de las casas de Baillaury parecían pedazos de metales preciosos y ancianos, en los que los rayos del sol divertíanse jugando para hacer centellear y resplandecer cada una de sus mil facetas.. Ah! la alegría del invierno en los países de sol y la serenidad que la atmósfera clara y perfumada da al alma, en esas mañanas en que la naturaleza adormecida renace al calor, á la vida, á la fuerza!

Blanca se dirigió hacia la aldea y se sintió penetrada de un voluptuoso bienestar, sobre todo cuando Dolores de pié en el umbral de su puerta, le gritó con voz brillante y clara como el canto de un gallo ó como los tonos ostentosos de una granada entreabierta:

—Buenos días, señorita! como sigue el el señor Jacobo?

—Buenos días, Dolores; él sigue mejor, muy mejor.... y este sol lo restablecerá completamente.

—Ah! sí, el Sol; ese es nuestro médico y por cierto que vale mucho más que los otros!

Blanca se sonrió y, sin responder, entró en la capilla.

III

Por qué no se arrodilló, como otras veces, ante el Cristo lamentable. Por qué con paso vacilante dió la vuelta al pequeño santuario y se detuvo al fin ante una Virgen con el niño en los brazos? Era esta una estatua sencilla, natural, sin pretensión á anatomía alguna y, en conjunto, realizándolas todas; una de esas Vírgenes como las que escupía en otros tiempos la fé de nuestros padres que, más ó menos, ponían en ellas verdadero amor, amor filial ó amor de hombre. Según el temperamento de los artistas las Vírgenes ancianas eran castas niñas de pecho plano y liso como muro de convento, de caderas derechas, manos largas, finas, cuasi transparentes, ó bien, dominando bajo los orgullosos doseles, opulentas matronas, rojas, gruesas, de labios color de sangre, con ojos negros y manos fuertes, como destinadas á simbolizar la Fecundidad. La Virgen con el Niño ante la cual Blanca se arrodilló parecía esculpida siguiendo el modelo de esas robustas hijas de pescadores que, con faldas cortas y desnudo cuello, venían de Collfure, el viernes, á vender pescado al castillo.

(Continuará.)

